6109

Lagrimas

Ossorio

II



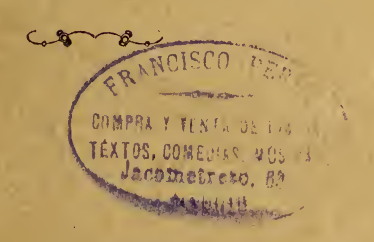
LÁGRIMAS.—(Escena última.)

LÁGRIMAS,

JUGUETE INFANTIL EN UN ACTO.

ORIGINAL DE

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.



MADRID:
IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS,
Á CARGO DE D. A. AVRIAL, S. BERNARDO, 92.
1888.

Esta comedia es propiedad de D. Eugenio Sobrino quien se reserva los derechos de impresión y representación. Queda hecho el depósito que previene la ley.

La galería de D. F. Fiscowich es la encargada de los derechos de representación.

Personajes.

El Abuelo.
Luis, hijo.
Margarita, esposa de Luis.

Rosa.	Hijos del matrimonio.
Ramón.	
Juan.	

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el gabinete de una familia regularmente acomodada: puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA I.

LUIS sólo.

(Leyendo un periòdico.)
Aquí viene el escrutinio.
Triunfó mi competidor
por más de quinientos votos:
el ministro abandonó
mi causa, y,... naturalmente,
protegió al adulador.
Diputado ese danzante!
Diputado Juan Múñoz,
el hombre más insufrible
que alumbra en la tierra el sol.
Él triunfante y yo vencido,
humillado por él yo,
después de mis sacrificios
hechos en la oposición. (Arruga el periódico, lo tira y se pasea agitado.)
Pero ya ¿de qué me quejo,
si me daba el corazón
la infamia de mis amigos?

¿Acaso no prometió
darme una gran cruz Martínez?
¿No las ha dado al montón
de amigos del día siguiente?
Natural era que yo
quedara sacrificado
en esta crucifixión.
¡Oh! Pero me vengaré.
Tengo fama de orador:
yo le buscaré los flacos
á esta ingrata situación,
y pues no me quiere amigo
ha de saber quien yo soy,
que por algo me dió el cielo
constancia y mala intención.

ESCENA II.

LUIS, y MARGARITA.

MARG. Luis... ¿Hablabas sólo?
LUIS. Sí.
MARG. También hablo sola yo...
Estoy aburrida.
LUIS. Vamos...
MARG. Una jaqueca feroz
no me deja descansar.
LUIS. ¿Jaqueca?
MARG. Sí, sí: burlón.
LUIS. Alguna niñada tuya.
MARG. Juzga tú, y será mejor.
Mi modista...
LUIS. Te ha sacado
poco airoso el polisón
ó sin gracia los cogidos.

MARG. Sí; y un talle encantador:
para saco de garbanzos.
El vestido es *comme il faut.*
LUIS. Tu exajeras...
MARG. ¿Qué exajero?
¡Si es una chapuza atroz!
LUIS. Por fortuna, Margarita,
como el baile se aplazó
de la duquesa...
MARG. No creas:
si faltó la invitación
no es por tal aplazamiento.
LUIS. ¿Por qué es entonces, sinó?
MARG. Porque no quiere tratarnos.
LUIS. ¡Ah! Sabrá que fracasó
mi candidatura.
MARG. Es claro.
LUIS. Para esto en la oposición
hice tantos sacrificios...
MARG. Para esto mandé hacer yo
ese vestido de encajes.
LUIS. Pero, han de escuchar mi voz,
me han de pagar el desaire
que me han hecho y... ¡vive Dios!
que si alguien pierde en la lucha,
más han de perder que yo.
MARG. Qué grosera la duquesa
y qué falta de atención;
bien claro está que el ser noble
con la boda lo logró,
porque antes fué cualquier cosa...
LUIS. Qué menguada situación
y qué desgracia la mía.
MARG. (Llorando) ¡Qué desventurada soy!

ESCENA III.

LOS MISMOS y el ABUELO.

ABUEL. ¡Hola! Tormenta tenemos...
MARG. No, señor.
LUIS. ¡Oh! No, señor.
ABUEL. (A Margarita,) Me pareció que llorabas.
MARG. Yo?...
ABUEL. (A Luis.) Y que tu al diapasón
no te ajustabas muy bien;
y como que sois los dos
un poquito exajerados
en cuanto habláis, dije yo:
«Vaya, tormenta tenemos»
Si volvió á brillar el sol
mejor, que hacen mucho daño
las tormentas á mi tos.
LUIS. No es nada, padre: que ésta
ha poco se disgustó,
por si la modista supo
cumplir con su obligación.
MARG. Que éste, como su contrario
al cabo le derrotó
en el distrito...
LUIS. Que ésta
juzga fué con intención
que á su baile la duquesa
tampoco nos invitó.
MARG. Que á éste prometió el ministro
una gran cruz...
ABUEL. Y que no
se la dió... Pues Jesucristo
la tuvo ya por los dos.
LUIS. Que ésta exajera sus penas.

MARG. Como éste su mal humor.
ABUEL. Y los dos estáis rabiando...
y ninguno con razón.
LUIS. Si con usted no es posible
entenderse.
ABUEL. ¡Claro! Yo,
como soy viejo y caduco
¿qué entiendo de polisón,
ni de cruces, ni vestidos,
ni distritos?... ¿Y á qué no
os acordásteis con eso
de que van á dar las dos
y no mandásteis á Lúcas
por mis nietecillos?
MARG. Voy
á hacer que vayan por Rosa (Váse por la izquierda.)
LUIS. Yo, por Juanito y Ramón. (Váse por la derecha.)
ABUEL. Eso, y así no escucháis,
ya que os molesta, mi voz.

ESCENA IV.

ABUELO sólo.

Lo de siempre, y lo de todos
los hombres según mi cuenta.
¿Qué no hay un dolor? Se inventa,
y á sufrirlo de mil modos.
¿Qué la fortuna es amiga?
Pues se la acusa de ingrata.
¿Qué el rigor no nos maltrata?
Pues se le azuza y hostiga.
Debe haber cierto egoismo

en sufrir, cuando á cualquiera
le complace á su manera
darse tormento á sí mismo.
Luis... Querida Margarita...
No, no sois una excepción:
en el mundo la razón
dentro del alma palpita;
pero es, por malos resabios,
tan modesta y ruborosa,
que si en el alma reposa
no asoma nunca á los lábios.
¡Y es en vano que el consejo
advierta tanto desliz:
nadie en el mundo es feliz
hasta que va siendo viejo!
Que entonces, pensando en Dios,
orígen del bien fecundo,
sólo que vive en el mundo
advierte al sentir la tos!

ESCENA V.

El mismo, Juan y Ramón.

Juan. Abuelito. (Abrazándole.)
Abuel. ¡Hola! Juanín...
¡tú has llorado! (Juan hace signos negativos.)
Ramón. Sí: ha llorado.
Juan. ¿Yo?...
Abuel. (Besando á Ramón.)
Y tú, Ramón. Pues, hombre,
noto señales de llanto
en tí también.
Juan. Abuelito,
es verdad.

RAMÓN. Yo seré franco.
ABUEL. Así os quiero: la mentira
mancha del niño los lábios.
¿Qué ha sido?
RAMÓN. Yo era en la escuela
el general de Cartago.
ABUEL. ¿De qué?...
RAMÓN. Sí: allí hay dos grupos:
cartagineses—romanos:
y mandan las dos falanges
los que son más aplicados.
ABUEL. Vamos: ya voy entendiendo
un poco de esos dos bandos.
¿Conque tú eras general?
JUAN. ¡Vaya! Y estaba tan majo
con su banda de oro y seda.
ABUEL. ¡Un Scipión africano
con banda!
RAMÓN. Pues hoy, don Cleto,
hallándome descuidado
nos preguntó la lección...
ABUEL. ¿Y echaste en ella un gazapo?
RAMÓN. Yo no lo sé; pero al punto,
el que se hallaba á mi lado
saltó diciendo una cosa
y él se ha quedado ocupando
el puesto de general
y yo el de segundo cabo.
JUAN. Y le quitaron la banda.
ABUEL. ¡Bah! No hay que afligirse tanto.
(Llamando.) ¡Luis! ¡Luis!

ESCENA VI.

DICHOS y LUIS.

LUIS. ¿Me llamaba usted?
ABUEL. Sí: consuela á este muchacho,
que ayer lucía la banda
de general de Cartago
—la gran Cruz de los chiquillos—
LUIS. ¡Padre!
ABUEL. (*En voz baja.*) Ya ves que hablo bajo.
Y tú, Juanín, ¿por qué causa
tienes señales de llanto?
JUAN. Pues porque siendo el más bueno
y estando siempre callado
para alcanzar el diploma
de «Conducta,» me dejaron
sin él, por dárselo á otro.
ABUEL. Será mejor...
JUAN. ¡Si es muy malo!
Pero como es un pariente
de la maestra, está claro...
ABUEL. Claro está: en las elecciones
siempre salen derrotados
unos para que otros triunfen
Pobre, pobre candidato...
LUIS. Padre, su lección comprendo
y su voluntad acato:
refrenaré este carácter,
ya que es fuerza refrenarlo.

ESCENA VII.

DICHOS y ROSITA.

ROSITA. Ay, ¡Abuelito de mi alma!
Ay, ¡papá!...
ABUEL. También llorando
LUIS. Hija. ¿Qué te ha sucedido?
¿te has caído?
ABUEL. ¿Te han pegado?
¡Pobre Rosita!
ROSITA. No es eso.
RAMÓN. ¿Estás enferma?
JUAN. Habla, vamos.
ROSITA. ¡Si no me sucede nada!
LUIS. ¿Nada? y nos vienes llorando.
ROSITA. Es que... en la hora de recreo ..
cuando hoy al jardín bajamos
la Pilarita y la Nieves,
las hijas del diputado
y Cármen la hija del conde
y otras niñas... me faltaron...
LUIS. ¿A tí?
ROSITA. Sí: porque este traje
es el mismo del verano
y ha pasado ya de moda.
«Mejores los he dejado
á mi doncella.» decía,
Carmencita con escarnio.
«Mejor vengo yo en enaguas
que ponerme tales trapos»
añadía la Ritita,
que es hija de un propietario.
«No jugarás con nosotras.»

Y jugar no me han dejado.
Ay, ¡ay! ¡ay!... (Llora.)

LUIS. ¡Pobre hija mía!

ABUEL. Este es otro negociado.
(Llamando.) ¡Margarita!

ESCENA VIII.

DICHOS y MARGARITA.

MARG. ¡Voy! ¿Qué ocurre?

ABUEL. Que hoy, mi Margarita, estamos
todos locos: que de tu hija
en la escuela se han burlado
porque el traje no es de moda.

MARG. ¿Y lloras por eso? Vamos,
ten juicio, mujer.

ABUEL. (Con intención.) Ten juicio,
que todo es cuestión de trapos,
porque daños que remedia
la modista, no son daños.

ROSITA. No quieren las otras niñas
que juegue con ellas.

ABUEL. ¡Diablo!
Esto es más grave, más grave;
pero ¡cómo remediarlo!
Si hay duquesas que se olvidan
de los que no son tan altos,
conformidad, hija mía,
que los timbres más preclaros
no eclipsan á las virtudes,
que tienen orígen santo.
En este mundo, hijos míos,
chicos y grandes ansiamos
unos por lograr un premio,
otros por ser diputados,

quien por una cruz, y quien
por ser jefe de Cartago;
ya porque un alto se burla,
ya porque los viles trapos
que nos cubren, son más ricos
ó más nuevos ó más caros.
Sufrir por tan pobres cosas
es muy necio ¿qué dejamos
entonces, queridos míos,
para los terribles daños
de la enfermedad, la muerte
ó la deshonra? Seamos
más prudentes, y á esos males
que nos atacan al paso
dejemos pasar serenos,
nuestras fuerzas reservando
para las adversidades
que Dios nos dìspone acaso.
(Luis y Margarita que han escuchado al anciano con la cabeza baja, se limpian las lágrimas.)

JUAN. ¡Ahora papá es el que llora!
ROSITA. ¡Ahora mamá está llorando!
ABUEL. (Empuja suavemente á los niños junto á sus padres y estos les abrazan.)
Es que tenéis un abuelo
muy malo... pero muy malo.

FIN.